

INFLUENCIA LULIANA EN LA LÍRICA MÍSTICA DEL SIGLO DE ORO

«Arte de juglería» denominó el «filósofo poeta» las manifestaciones verbales o escritas de los trovadores populares. Raimundo Lulio, alguna vez también, fué uno de ellos, y posiblemente de los que más se distinguieron en el arte de trovar. Formado en la corte de Jaime el Conquistador, donde escuchándolos, cantó como ellos, para llegar a ser más tarde, en plena juventud, el trovador preferido de las damas. Corrían los años de 1230 a 1273, y de regiones remotas, pero particularmente de la Provenza, invadían las ciudades mallorquinas una abigarrada multitud de errantes juglares, a los cuales bastábales solamente el saber cantar y tañer para abrirse paso en las reuniones de reyes y magnates, y, hasta en ciertas ocasiones, se señalan casos de haber obtenido por ese medio honores y riquezas. Toda la producción juvenil de Ramón Llull, aun cuando de mejor factura y estilo, adolece de las características de los trovadores de aquellos tiempos: es erótica y extremadamente sensual. El mismo confiesa en una ocasión: «*La hermosura de las hembras fué pestilencia de mis ojos*»,¹ y al referirse a sus antiguos compañeros, agrega: «*Ya no se hacían sino canciones de lujuria y de vanidades*»;² pero de manera especial destaca que los trovadores eran amados y distinguidos «*porque cantan, bailan y hallan versos y canciones, danzas y baladas*».³

De la producción de Ramón Llull en aquella época no queda absolutamente nada; se refiere en documentos que no admiten sombras ni dudas⁴ la circunstancia de que el momento de su conversión le sorprendió «*escribiendo una canción a su enamorada*», para debelar así su virtud y obtener particulares favores. Mas en algunas obras del maestro nos habla igualmente de las costumbres de los trovadores y

¹ Libro de Contemplación. Cap. CIV.

² Op. cit. Cap. CXVIII, vers. II.

³ Op. cit. Cap. CXVIII, vers. IV.

⁴ *Vita coetánea*. (Códice conservado en el British Museum de Londres). Pág. 1.^a

juglares, exponiéndonos que se trataba de artistas con carácter especialmente populares, que detenían su andar aventurero en medio de las plazas públicas o frente a los castillos para divertir a la muchedumbre con cantares, versificaciones y diversos juegos malabares o de simple prestidigitación. También agrega Ramón Llull que conceputúa el *arte del trovador* como degenerado en su tiempo, pero aboga con el mayor entusiasmo —sin desperdiciar ocasión propicia para ello— por su posible dignificación y restauración, ya que él mismo se titula «juglar de valer», puesto que ha utilizado su facilidad de rimar, en sus empeños de llevar los hombres a su credo y a la virtud, y asimismo, le ha servido su destreza en la versificación para popularizar la enseñanza, haciendo más amena y amable a los escolares el aprendizaje de su filosofía.

Esta opinión lógicamente es posterior a su conversión. Al efecto, al censurar a los juglares y trovadores en su referido *Libro de contemplación* (tomo III, capítulo CXVIII, págs. 97-103) se expresa textualmente: «...El arte de juglería —Señor— comenzó por loaros y bendeciros; y por esto fueron inventados instrumentos, danzas, melodías y nuevos sones, para que el hombre se alegrase en Vos... Mas según ahora vemos —Señor— en nuestros días el arte de juglería ha cambiado; porque los hombres que se entretienen tañendo sus instrumentos, bailando, componiendo trovas, no cantan, ni tañen sus instrumentos, ni componen rimas ni canciones, si no son de lujuria y de las vanidades de este mundo... Vemos que, por lo que los juglares hacen y dicen, provienen contenciones y guerras y batallas entre los príncipes, los caballeros y los pueblos. Por ellos son desmaridadas las mujeres y las doncellas corrompidas y ensuciadas; y por obra de los juglares vuélvense los hombres altivos y orgullosos, pierden el juicio y se hacen desleales..., de noche van tañendo sus instrumentos por las plazas y callejas, para cautivar el ánimo de las hembras hacia la lujuria, llevándolas a ser falsas y a traicionar a sus maridos...; ellos (los trovadores y juglares) son maldicientes y ponen cizaña entre un príncipe y otro príncipe, y entre un barón y otro barón; y por la mala fama que siembran y por la mala voluntad que engendran entre los altos barones vemos que se destruyen imperios y reinados, y condados, y posesiones y villas y castillos. Así, Señor, ¿cuáles hombres hacen más daño al mundo que los juglares?... Ellos venden sus habilidades a favor de algún príncipe o barón, componiendo trovas para él y adquiriendo riquezas y honores gracias a su bajeza, a la burla

incivil de sus trovas y a sus medios antipáticos de fomentar enemistades...».

También Lulio, en su célebre novela utópica *Blanquerna*, de carácter autobiográfico, termina con una evocación a un juglar *sui generis* —él mismo— que hubiera evolucionado, y al convertirse y alejarse de sus pecaminosas costumbres se ve distinguido por el encargo de que cante ciertas coplas en la corte de Roma que recuerden la vida ejemplar y devota de los Apóstoles. Estas rimas, con el sello o estilo del siglo, dicen literalmente en castellano:

«Señor Dios, Rey glorioso
que os quisisteis al hombre unir,
acordaos de vuestros servidores
que por Vos dispuestos están a morir;
y hacedlos osados loadores
que os sepan honrar y obedecer
en su poder...».

Después cierra con la siguiente estrofa, evocadora del retiro del héroe en la referida novela:

Servir quiero a María,
de mi esperanza amada,
dulce consuelo y guía:
Mas... ¿quién me enseñaría
donde hallar, Blanquerna, tu morada?
Feliz seré si consigo
estar siempre con Dios, allí, contigo!

En cuanto a Lulio poeta, el coeficiente selecto de su producción resulta de una extraordinaria, sugerente y original belleza, tanto más hermosa y de noble factura cuanto que él fué siempre ecléctico en arte. En el espíritu de sus versos, además de una alta justeza gráfica vibra un alto sentido de humanidad. La poesía no tuvo secretos para el insigne cantor mallorquín; todo lo contrario, le prodigó sus dones y le permitió el expresar en la pureza de rimas acabadas toda el alma secreta de los vocablos.

El itinerario poético de Lulio está sutil y hábilmente recogido en una obra de belleza incomparable, intitulada: «Obras rimadas de Ra-

món Llull». ⁵ En esta recopilación, que consta en un volumen de 772 páginas, destácanse, por su fuerza emotiva y lozanía de expresión, la composición elegíaca *El llanto de Nuestra Señora Santa María*, ejecutado en 32 coplas de 12 versos, monorrítmicos alejandrinos; *Las Horas de Nuestra Dama Santa María*, coplas de seis apareados octosílabos; *El Pecado de Adán*, pequeño poema especialmente preciso, donde el maestro demuestra una vez más cómo en poesía también sabe evitar ir a la deriva. Está integrado por 200 versos en nueve rimas monosilábicas; *Los Cien Nombres de Dios*, poema de carácter teológico, donde Lulio hace una excursión a los fragantes jardines de la poesía oriental. Esta composición tuvo en los espíritus de quienes cultivaron la lírica mística, una honda anticipación; tres mil versos componen el referido poema; *El canto de Ramón*, de gran fuerza lírica, y cuyas catorce estrofas monorrítmicas de seis versos octosílabos han sabido resistir impertérritas los embates de los más duros análisis; *Medicina del Pecado*, posiblemente la composición más larga de las obras líricas del maestro, al entrar en ella seis mil versos rimados en forma irregular; *Dictado de Ramón*, de carácter didáctico, dividido en seis partes; *Aplicación del Arte general*, tendiente a la divulgación de su ciencia, para lo cual se valió preferentemente de versos octosílabos pareados; *Libro de Amigo y Amado*, con marcado estilo oriental, redactado en habilidosas formas de versículos, en que la rima ideal suple por entero a la del sonido, en una armonía tan perfecta que permite el no perderse nada del espíritu intensamente lírico que encierra; *A Vos, Dama Santa María y Señor Verdadero Dios*, poesías de acentuado arranque místico, que aparecen en la obra *Blanquerna*; *El Desconsuelo*, suave y delicada elegía donde campea una poesía estilizada y melancólica: sus estrofas van impregnadas de persistente dolor y desengaño, certificado en esta forma:

«...por esto estoy dolorido
lloro tanto y languidezco...». ⁶

⁵ En esta obra se encuentran las admirablemente bien realizadas versiones castellanas de la producción rimada del maestro. Fué publicada por Jerónimo Roselló, en Mallorca, en 1859. Solamente es bueno advertir que las partes tituladas «A Vos, Dios glorioso», «Arte de Alquimia» y la «Conquista de Mallorca» son apócrifas, como lo ha demostrado la crítica en estos últimos tiempos.

⁶ Libro *El Desconsuelo*. Edición Roselló, 1859. Mallorca.

Desde luego, no fué Lulio un poeta sensacionalista. Fué un cantor que aunó la sensibilidad más acusada con medios de expresión floridos y precisos. Convivieron en él el candor y la ciencia, la fe y la ingenuidad, el fuego del corazón y la valentía del pensamiento. Poeta siempre y en todos los instantes de su vida, y dentro de la aridez de las lucubraciones científicas supo conservar en todo momento la noble ejecutoria de su vena lírica. En la cima de su *Arbol de Ciencia*, se oye constantemente el cantar de los pájaros.

Y ese trino de notas armoniosas se expande desde Randa a todos los ámbitos de la tierra. El asceta, sabio, sentimental y lírico —ímpetu de la altura del monte sagrado— deja escuchar la sensibilidad de su acento en Alemania, en Grecia y al pasar por Arabia —después de luchar con los infieles en Tartaria— les devuelve en hermosos símbolos metafóricos el verso puro fructificado en perfección armónica por la conciencia cristiana, apologética y occidental de quien pudo haber sido un *Maestro Sufí*. Así mismo, en el peregrinar por el Jerusalem de todos sus amores, el verso —las rimas suyas— reflorecidas por el milagro de la emoción pura gravitan, posesas de ternura infinita, cuando el espíritu hecho ascua se yergue convulsionado y doliente ante el sepulcro de su Amado.

Y entonces, al recorrer esos vastos periplos, circundantes del «lago magnífico» donde el sentimiento panteísta se hace ortodoxo en fuerza de la serenidad de las reacciones anímicas, aparece, cual un inesperado Ulises, con el poder suficiente para engendrar el ritmo y la consonancia de mil vocablos engarzados en un primoroso frenesí de versificaciones hasta allí inéditas. Y surge una escuela poética con perfecta factura franciscana. Tal vez, el anticipo medieval del renacimiento lírico más alegre y emotivo que haya conmovido al hombre.

Efectivamente, en el verso la lógica puede resultar un artificio materializante. Mas en este caso es el «mar azul» quien convulsionado de fe, esperanza y piedad se encarna en el verbo caluroso y policromado de Raimundo Lulio. Fiebre y savia en el árbol, trémulo y convulso, del «*Libre de Contemplació en Déu*», crisis de desconsuelo en momentos «desilusión romana» en instantes. Todo ello fusionado —sangre y nervio— en un atleta de la acción filosófica orientada por la fuerza motriz del amor. El verso luliano, cuando se hace optimista exalta el aura de un alma impávida y temeraria, dispuesta día y noche al sacrificio por la inmediata verificación de los éxtasis y ensueños, cual corresponde a ese siglo XIII donde las ilusiones andaban sueltas,

deslumbradas por el misterio de ese lago levantino encubierto por el dosel de un «tronco imaginal» enraizado en las evocaciones de Prisciliano y Gundisalvo.

Opulento, el verso luliano podía escucharse, diáfano y bullidor, desde las más antagónicas y superpuestas cavernas. Desde su Randa mallorquina o desde la de Mahoma en Hira. Desde la de Ignacio en Manresa o desde la faustina del «rey de los escriturarios» Arias Montano en la misma serranía de Aracena. El eco de la poesía luliana al poder oficiar a sus anchas desde todas las alturas, al trasponer años y siglos iba, por último, a posarse en la mística del fecundo Siglo de Oro nacional.

Al caso, atribúyese a Fray Luis de León aquella frase ilustrativa de los grabados que representan al maestro al enseñar a los profesores de París, reproducida especialmente durante el siglo XIX: «*Tres sabios hubo en el mundo: Adán, Salomón y Raymundo*». Sea cierto o no, resulta indudable que algunos de los pensamientos místicos de Fray Luis y mucha parte de su ascética la hallamos en los libros lulianos y especialmente en el *Libro de Contemplación en Dios*. Igualmente diversos versos del citado místico parecen inspirados en el *Libro de los Cien Nombres de Dios* y en *Libro de Amigo y Amado*. Fray Luis de León debió conocer a Llull, cuando sus estudios estaban tan en boga y las escuelas lulianas de Salamanca y Alcalá florecían con manifiesto entusiasmo. Dicha sentencia atribuída a Fray Luis es recordada por Don Marcelino Menéndez y Pelayo (Discurso pronunciado en el Instituto Balear en 1 de mayo de 1884), tomada posiblemente del célebre lulista Cristóbal Suárez de Figueroa («*Plaza Universal de todas las ciencias. Encomio al arte ilustrado de Raimundo Lulio*». 1.^a edición. Madrid, 1615) y a la cual, igualmente, se refiere Torres y Bages en su «*Tradició Catalana*». En ese sentido Menéndez y Pelayo dice: «Ramón Llull es el Jacopone di Todi español... Él fué quien abrió la falange de los grandes místicos hispanos. Otros podrán llevarle ventaja en la cincelada forma artística, mas no en la originalidad y en el brillo de las concepciones, ni en la encendida y arrebatadora tempestad de los afectos». En cuanto a su *Libro de Amigo y Amado* escribe así mismo el citado Menéndez y Pelayo: «Todavía no ha sido superada dicha obra por la de los demás místicos peninsulares y quizá sólo igualada por dos o tres místicos castellanos».

Esos versículos del *Libro de Amigo y Amado* certifican que Ramón Llull, antes de San Juan de la Cruz, había expresado aquella fragante

y mística página en prosa que dice: «no supo vivir en la tierra» y no pocos de sus versos, en la producción emocional de Santa Teresa de Jesús, vibran, a veces, con los mismos acentos de los versículos de Ramón Llull. Pero sobre todo lo que hace a Ramón Llull predecesor del beato Juan de Avila, del pulcro Padre Cranada, y del inspirado Fray Luis de León y fundamenta en él la concepción de la expresión cristiana, es su espíritu que animaba y enardecía al corazón, no por vibración de sentimiento, sino más bien por persuasión de la inteligencia. Y así ningún místico como él pudo dar una definición más exacta del amor «sublime», cuando expresara en su insigne síntesis: *«Amor está entre creencia e inteligencia, entre fe y ciencia»*.

Lulio, trovador, filósofo, creyente y poeta, influye así definitivamente en la clara orientación mística que anima a las grandes figuras del Siglo de Oro español.

Repitiendo: los «Cien Nombres de Cristo», fina exégesis de Fray Luis de León coincide en espíritu, en forma expresiva y en finalidad apologética, con *«Los Cien Nombres de Dios»*, redactados por Lulio, en tierra de infieles o más concretamente en Túnez. Igualmente las terrinas de Santa Teresa de Jesús se identifican por sus símbolos metafóricos a las concepciones lulianas que integran su «Contemplación». Y como anticipo del sentido místico lírico del Siglo de Oro, no debe olvidarse cómo la doctrina del amor divino, se encuentra fundamentalmente establecida en el «Amigo y Amado» que sirve de epílogo a la novela utópica luliana, conocida bajo la denominación de «Blanquerna».

También Lulio por los caminos del amor inconmensurable encontró la perfección de Dios. Y tal vez, por ello, bajo el dosel de Randa, parece florecer en las anuales primaveras, junto al aroma de los almendros en sazón, el verso capaz de elevar el sentimiento hasta la sublime mansión de su *«Amigo y Amado»*.

* * *

BIBLIOGRAFÍA DE RAMÓN LLULL, POETA

(*Ligera y personal valorización crítica*)

La edición principal de sus obras poéticas o rimadas fueron publicadas, en Mallorca, en 1859, en su original y con la versión castellana, por el lulista Don Jerónimo Roselló, en un volumen de 772 páginas, las obras de Ramón Llull, que siguen:

- El Llanto de Nuestra Dama Santa María* (Composición elegíaca, de 32 coplas de 12 versos monorrítmicos alejandrinos. Fué escrita en Miramar en 1275-1276).
- Las Horas de Nuestra Dama Santa María* (Poesía sin fecha, compuesta de coplas de seis pareados octosílabos).
- A Vos Dios Glorioso* (Poesía según la crítica apócrifa).
- El Pecado de Adán* (Poemita escrito en Perpiñán en 1282, compuesto de 200 versos en nueve rimas de 9 sílabas).
- Los Cien Nombres de Dios* (Poema de carácter teológico dedicado al Papa, compuesto en Roma en 1285, en terrinas cortas monorrítmicas y 3.000 versos).
- El Canto de Ramón* (Elegía deliciosa y fuertemente lírica, escrita en París en 1299, integrada por 14 estrofas monorrítmicas de 6 versos octosílabos).
- Dictado de Ramón* (Poema didáctico teológico en 6 partes, escrito en Roma en 1299).
- Aplicación del Arte general* (Largo poema didáctico suscrito en Mallorca en Marzo de 1300, en forma de versos octosilábicos pareados; en total, 600 versos).
- Medicina del Pecado* (La más extensa de las obras poéticas de Ramón en 6.000 versos con rima irregular. Escrito en Mallorca en Julio de 1300).
- El Concilio* (La última obra poética de Ramón, escrita en 1.200 versos distribuídos en estrofas o coplas de siete y cinco octosilábicos y dos quebrados. Tiene un carácter fácil y popular).

Otras composiciones poéticas

- El *Libro de Amigo y Amado* redactado en forma de versículos en que la rima ideal (al estilo oriental) suple a la rima del sonido. Es sin duda alguna el libro más intensamente lírico que se ha escrito.
- La poesía *A Vos Dama Santa María* y la otra *Señor Verdadero Dios Glorioso*, se encuentran en el capítulo 83 y al fin del «Blancaquerna».
- El *Desconsuelo*, elegía preciosa y delicadísima, en libro aparte es de una poesía dulce y melancólica.

Siguen las obras de conversión y lucha para llevar a todos los hombres a su Amado.

Hay otras producciones poéticas menos importantes.

ANTONIO REYES,
de la Academia Venezolana de la Lengua